

# SESENTA KILOS DE TOMATES

JOSÉ RAMÓN BETANCORT MESA



*lancelot 28° 7°*

*JOSÉ RAMÓN BETANCORT MESA*  
**SESENTA KILOS DE TOMATES**

*José Ramón Betancort Mesa*

SESENTA KILOS  
DE TOMATES

© *Edición:* Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote, 1995

© *Texto:* José Ramón Betancort Mesa

*Coordinación:* Servicio de Publicaciones  
Eva R. de León Abbelo  
A. Félix Martín Hormiga  
José R. Betancort Mesa

*Cubierta:* Javier Poladura (la fotografía)

*Fotocomposición:* Fot. Gros, San Sebastián

*Impresión:* Litografía Valverde, S.A.L. Irún

I.S.B.N.: 87021-28-X

Depósito Legal: S.S. 414/95

*A quien se ría.*

# P R Ó L O G O

*Simple es la receta para fabricar humor, pero muy difícil atinar con la dosis exacta de sus componentes; tan difícil que rara vez se produce el efecto deseado según cálculo científico y más bien resulta un hallazgo entre casual y mágico; por descontado, irrepetible. ¿Dónde estriba el golpe contagioso de esa saludable enfermedad que inocula la risa o, mejor aún, la sonrisa —esa su hermana más discreta y retraída—, fenómeno que, siendo superior al primero, torpe y simplón, situamos por debajo como agazapado y expectante, fisgón y, paradójicamente, altivo? ¿Acaso no se asienta en la acción contemplativa de ese ojo vivaz que, tan desdeñoso como inteligente (quizá debería decir: valga la redundancia), recrea un alrededor con imágenes propias que, sin embargo, nunca desmienten del todo tal entorno, antes bien, lo confirman con una eficacia espantosa?*

*La burla, la sorna y la ironía ¿qué son sino los frutos del placer que causa el disgusto de vivir con, contra, sin... en medio de algo que nos resulta, por lo menos, tremendo? Frente a*

*tal disparate, sólo podemos optar por arrancarnos los ojos a lo Edipo en un gesto de trágica y tonta anticipación de la ceguera final y absoluta; o bien, descorazonados, mirar con un inmenso cariño, es decir, con lo que nos quede del corazón si algo queda, lo que nos echamos a la cara, eso que incluso siendo poco y absurdo puede, por lo mismo, llegar a parecer fundamental, insustituible y hasta gracioso, porque, al fin y al cabo, graciosamente lo hemos hallado inevitable.*

*He aquí el objetivo del humor: dar sentido a lo que carece de él; de sentido, claro, y del humor necesario para dárselo también. Humor y sentido caminan juntos en la expresión «sentido del humor», que tiene varios sentidos, por cierto. Tal es el que queremos darle al humor, que nace asociado a una mirada doliente y distante del exterior distraído y despótico, contagiándose el que mira y lo mirado en el disparate deformador del vivir juntos: comunión simpática de uno y lo demás, otorgada por la chanza que la inteligencia hace de sí misma en la parodia de percibir lo demás. De alguna manera poseo lo que conozco, pero, como no sé verdaderamente lo que conozco, no sé si poseo también lo que desconozco o, en realidad, no poseo nada en absoluto. Y es que, como utensilio del conocimiento, el humor resulta inapreciable, incluso como terapia de humildad contra el conocimiento mismo.*

*Se dice, además, que el humor vive asociado al sentido crítico, como si el que mira y lo mirado mantuvieran una pelea por la verdad imposible que no acaba de ponerse del lado de uno o de los demás; pero, si es cierto que el sarcasmo parece la manifestación más espectacular del desprecio,*

no lo es que el humor y el sarcasmo se asocien indisolublemente ni mucho menos que equivalgan. El sarcasmo se resume en el mohín de asco de uno ajeno al mundo, así que prácticamente sólo pertenece en puridad a dios; mientras que el humor se identifica mejor con la zumba burletera de quien pretende el contagio de la risa o de la sonrisa, la participación en la fiesta, el cachondeo en el aquí y ahora. El humor se entretiene en un tira y afloja curioso y deformador entre el apego y el desdén por lo amado que incordia. En definitiva, el humor se sustenta en una cabal contradicción, pues aún, como instrumento de conocimiento, el escarpelo guasón, siempre cortante, por supuesto, y, como fórmula definitiva de afecto por el ser humano, la tolerancia de la molestia que el mismo ser causa y que con el humor, a su vez, recibe.

Cuando las cosas no ocurren así, debemos adjetivar el término «humor». Así al decir, por ejemplo: «Este caballero posee un humor ácido» (expresión que daría al rostro del sujeto un tono amarillento, según la medicina antigua), en realidad lo que deberíamos afirmar con donaire es: «Este tío tiene muy mala leche»; ya que a pocos se les ocurriría decir: «Este señor es un sarcástico», porque en el fondo estamos disgustados con el tal y pensamos que tratamos con un imbécil redomado y por lo mismo inaguantable, adjetivos que expresan lo que en verdad nos gustaría espetarle en la cara añadiendo media vuelta, abandono y a otra cosa. ¿A quién le cae bien ese que va de «el mejor», «el único», «number one» (¿quién como dios?). Allá sus sarcásticos huesos.

El humor bien entendido, es decir, sin adjetivos, jamás es, por lo mismo, apolíneo. Esto lo sabía perfectamente el

*clásico don Miguel al inventar a su loco nuestro preferido y no lo desconoce Almodóvar cuando perfila tacones lejanos en el ventanuco de un sótano madrileño o pone a sus sempiternas chicas disparatadas al borde de un constante delirio. Tampoco lo ha ignorado García Márquez al envolverse en sus humedades macondianas y cenagosas y lo comprendió y aplicó perfectamente para esperpentizar España de cabo a rabo el sin par Valle Inclán. Al trasladarnos a estas islas, lo encontramos en esa displicente admiración anglófoba por lo británico de Alonso Quesada o en el vértigo kafkiano del inédito «Disgregario» de don Carlos Pinto Grote.*

*Nuestro (lo digo desde la cosmovisión isleña) José Ramón Betancort también anda en ello, cuando nos lanza «Sesenta kilos de tomates», novela en que la humanísima fauna de barriada insular se aglutina tremenda y multicolor en torno a un argumento afiebrado: un psicoanalista, argentino más que por antonomasia por índice de frecuencia, ejerce una posesión hipnótica sobre Rola, muchacha vulgar y sencilla, que no es lo mismo que corriente y moliente, para arrancarle un trauma de la infancia a la vez que, sin querer, su propio ego; liberada años después por la extraña muerte del rioplatense, halla en el amor y la canción ligera su auténtico destino, salpicado de salsa de tomate, reencarnada ya en una Rola distinta y definitiva. Todo ello lo construye el artífice, es decir, José Ramón Betancort, con los ardides del escritor que impone a su lector la obligación de participar en la obra con atención, juego que pone la guinda a la humorada de este joven escritor de Lanzarote.*

*En esta novela, Betancort se envuelve de lo demás, lo mira y, al remirarlo en sí, se sorprende, porque lo otro es siempre un martirio de órdago; tan espectacular, que resulta increíble, como las cosas que ocurren realmente. ¿O será más bien lo contrario? A propósito de ese trajín de acontecimientos con que la vida se burla de nosotros, sobre todo en estos últimos tiempos, escribía en un diario uno de nuestros mejores humoristas gráficos: ¿Es posible que todas esas mentiras sean verdad? Nos hallamos ante un mundo real que tiene sostenidos y bemoles, imposible y díscolo, desafiado y calenturiento, en fin, plagado de insensateces y fabulaciones con que los medios de comunicación nos trasladan la apariencia. ¿Quién lidia tal toro?*

*La descripción de lo hallado ha de ser extravagante por pura mímesis. La salpimentación deformadora que el discurso ha de imponer al espectáculo puede reducirse al mínimo, incluso prescindir de ella. Con la vida ha ocurrido como con esos personajes que, a fuerza de ser imitados, terminan por parecerse a sus imitaciones. Así en este relato de José Ramón Betancort: el esperpento en que hallábamos semejanzas con el mundo, ha terminado por ser el mundo mismo, ha devenido en realidad total, no kafkiana. ¿Nos sorprende? Seguramente, no. Sin embargo, por lo mismo, no debemos buscar en «Sesenta kilos de tomates» ninguna visión crítica o despectiva de la realidad insular. En la novela nos toparemos con la mueca sonriente de quien vive con lo demás e irremediabilmente disfruta con inteligencia del esperpento vital, porque sería absurdo no aprovecharnos del día por muy loco y atropellado que éste sea. La mirada*

*sonriente que goza con la creación de la realidad irreal o de la irrealidad real, trata de compartirla José Ramón Betancort con el lector, para que éste, a su vez, halle también la mirada que trepa por el rizo de la existencia, rizándose siempre a sí misma en demasía, tanto como para causarnos la molestia del dolor en el juego de la risa.*

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

# SESENTA KILOS DE TOMATES

*«Hay un momento en la vida en que el hombre debe matar a alguien. Da lo mismo a quién sea... En el lastimoso caso en que no te sientas, pobre lector, capacitado para el noble arte de la ejecución del crimen, te aconsejo que el alma entretengas con la digna golosina de la mortificación dolorosa, física o mental, a un ser querido. Sólo así, amigo mío, podrás comprender cuánta belleza espiritual se esconde en la contemplación del sufrimiento humano, hasta ahora patrimonio de los curas, de las vetustas calvas de las autoridades y de los rebaños de galenos, todos ellos ajenos al delicioso goce de lo doloroso y de lo cruento».*

ALONSO DEL HOYO

Y ESPINOSA (1683)

*Ab initio* [Manuscrito traducido por el Santo Suso-César de Morera y San Luis, en los Reales Sitios de San Honorato (La Laguna), bajo el Pontificado de la Excm. Obispa Doña Carmen de la Virgen Nola, en el año de 1788]; pp. 244-245.

En la época en que ocurrió todo andábamos desquiciadas con el horrible asunto de los gemelos de Antaño que habían cogido la manía de pegar fuego a los palomares con sus inquilinas dentro, y con el espantoso caso de las niñas electrocutadas con las cocinitas que daban corriente. Realmente nuestro tiempo fue una época imposible y extraña. Por eso asumimos lo de la pobre Rola como si tal cosa, como si en realidad fuera un nuevo asunto del insoportable Calixto Bustamante, el patético locutor de radio que, borracho de la histeria más barata y de su clásico narcisismo petulante, nos mortificaba diariamente desde buena mañana insultando y maldiciendo a los que, fiel y estúpidamente, le seguíamos con aquella inexplicable beatería de masas. De la misma manera que nadie podía comprender cómo un programa tan horrible y asqueroso podía escucharse desde temprano, tampoco entendimos ni le dimos

importancia a aquella increíble e inaudita huída de la atormentada Rola, abandonando para siempre marido, hijos y casa.

Rola vivía angustiada por la presión constante que la pobre sufría diariamente en silencio. Por ello, al principio no hubo más remedio que creernos que había sentido aquella mañana, como siempre, el bombeo incesante de la sangre espesa golpeándole la sien dolorida y resentida por tantísimos dolores de cabeza que durante quince años se habían sucedido ininterrumpidamente. Y, antes de que se provocara con la sensación de la náusea del vómito inminente y del ácido emergiendo por su encallecida garganta, cogió el monedero escandaloso que le habían traído de Port-Etienne y bajó al supermercado de Melito, el Retorcío.

El resto fue sólo un rosario endémico de sospechas que fuimos hilvanando en la mesa de la cocina de Rola ante dos botellas de Clipper y que acompañamos, gustosas, con el deleite doloroso de una gran bandeja de truchas de batata, que la propia desaparecida se había tomado la molestia de preparar para terminar de reventarle, según las lenguas de sus cuñadas, la faja de su suegra Carmen, la Escarranchada.

Luego hicimos café y nos pusimos a jugar a la lotería sin ganas. Mientras, ellos intentaban reanimar sin remedio al descompuesto Tomás, que andaba sonámbulo y caluroso por la alcoba de formica blanca con el pijama puesto al revés. Cosa que a nadie extrañó en absoluto, porque cuando se ponía alterado

era la persona más chafalmeja del mundo. Quienes gozaron durante todo el santo día fueron las criaturas, ajenas todavía al drama familiar y libres de la insoportable tutela maternal. Se hartaron de güevas y pejines secos, mutilaron una preciosa pantera que había sobre el trinchante y enfondaron los sillones de skay verde del recibidor de Rola.

Fuimos las únicas que no fueron aquella tarde al cementerio, aunque sentíamos desde la cocina el gentío extraordinario bajando hacia la iglesia de San Ginés y oíamos a cada rato el zumbido insistente de los voladores entre los compases lejanos de la banda de música de Los Cuarteles.

En aquellos días nadie podía haberse imaginado lo extrañamente unidas que estaban la vida de Rola y la del psicoanalista argentino que en circunstancias tan raras había fallecido. Nadie se lo imaginaba, ni falta que le hacía. Ni el propio Melito, en su afán amoroso desproporcionado, supo a ciencia cierta la verdadera historia de Rola. Y es que Melito, después que dejó el supermercado, anduvo siempre enverijado en el cuidado excesivo de su amada estrambótica y en su circese travestismo de mánager artístico trasnochado.

Incluso Rola supo la verdad a medias porque no se la supieron contar nunca con fundamento. En aquella época difícil y extraña la vida para ella era una cinta de raso roja donde anudaba los recuerdos, las imágenes, las caras, los ecos y las voces que la memoria poco a poco le iba desatando.

El trágico Melito se colocó en la entrepuerta aquella mañana más algodón del necesario para aparentar lo ya imposible y sobrehumano. Proclamado por las más bandidas como el hombre más potente de la Barriada, dejó momentáneamente abandonada la caja registradora y salió corriendo entre las hebras del sigilo desde que la vio aparecer. Tocándose su inerte montaña y al susurro de un «*la tengo ardiendo en llaga viva*», recibió un «*no te esfuerces*» impávido y rotundo de ella, que en aquel instante debió sentir un paulatino cese en el bombeo craneal de su eterno dolor de cabeza.

Pero la pobre se equivocó como una boba, porque tras los últimos ecos de las lucecitas tímidas y evidentes que anticipan la insoportable migraña sintió cruzar seguro un dolor espantoso en las noches de sus sueños, taladrándole mortalmente la frágil y fina cornisa del recuerdo. Fue una puntada certera que la

dejó clavada en el suelo y doblada por un dolor tan grande que la partía en dos, como los gajos de una naranja. Cerró los ojos. No podía ver nada.

El hilo del recuerdo brotó como un golpe seco y rotundo producido por un enorme boliche negro extraído con violencia del interior de su boca inmaculada. Fue entonces cuando vislumbró que de entre las espesas y oscuras aguas de un profundo y lejano llanto que se consumía en la soledad de los tiempos, emergía la imagen absurda de una daga ardiente con una diminuta y viva gota de sangre. No entendió aquel aviso cursi y extraño... Rola, presa de ese vaho nauseabundo de las jaquecas, vagó inconsciente hasta que, extrañada, se vio oliendo el halo de los tomates más rojos y olorosos de este mundo, todavía grises para su mirada hipnotizada. Un Melito sorprendido y la casi docena de ojos de conocidas de la Barriada la siguieron con espanto hasta la cesta de tomates donde se quedó parada. A Melito el corazón se le trasladó a la garganta, preso de una dilatación exagerada y creyó masticarlo como si fuese una enorme pastilla gelatinosamente ensangrentada. El silencio se cristalizó en el espejo cóncavo. Ese eterno espejo colocado en casi todos los supermercados para evitar que roben en las estanterías más apretadas y tapizado con miles de cagadas de moscas embarazadas.

Todas gritaron alborotadas cuando Rola cayó como un costal al suelo. Se había estrujado con violencia de autómatas sobre su boca la presa más hermosa

de la cesta e hizo rodar glorioso por su gáznate su jugo caliente y fragante.

El mundo, entonces, surgió solemne ante los pies de aquella singular Blancanieves rosada, abatida por una hipnosis dolorosa que la infeliz había padecido con resignación de bestia humana. La vida fue una crisálida redonda y negra cosida con artesana destreza. Una cápsula herméticamente bella, forrada de vampiresco terciopelo rojo y que guardaba un frasquito de cristal lleno de sangre casi negra, aunque todavía fresca, que manaba un insoportable y concentrado pestazo a mierda seca.

El fuerte olor a cilantro, a alguna que otra cebolla podrida, al hervor imposible del queso majorero con los guayabos, el escándalo de las vecinas asustadas y la voz estridente de Melito acabaron por despertarla del más largo y tortuoso sueño que durante más de quince años había padecido en vida.

Cuando llegó aturdida a su nueva casa, tapizada de humedades y de arretrancos viejos, sintió que en su garganta le hervía misteriosamente un hermoso trozo de tomate caliente.

Melito andaba tan alterado con la idea de aquel sabinesco y voluntario rapto de su amada, que no se percató de que la casa de la desaparecida madre de Rola, Juanita Chacón, se estaba viniendo abajo, pues era un puro muladar lleno de miseria acumulada con el paso del tiempo. Unos lamparones inmensos de la humedad más peluda y espesa mortifican el empape-

lado ordinario de florestas rococó. Sobre el techo amarilleaba una espléndida y fantástica geografía de manchas de goteras y de cañerías oxidadas, que formaba una inverosímil bóveda cartográfica surcada por las rutas de los perinquenes rañosos y por las esquadras de cucas volonas.

Su amada iba apestando a tomate y toda *lambusiada* con su jugo, eso sí, sin perder por un instante su atractivo y su belleza exhuberante de hembra humana. Melito, sin atender a razones, la relingó en un colchón lleno de cagadas de ratones y de meadas de gatos, para poseerla sin descanso durante todo lo que quedaba de mañana, sin que nadie fuese capaz de venir a avisarlo de que se le estaban llevando la tienda en peso.

De entre los monumentales preparativos requeridos para la boda de Antonia Eloísa, la chica más malcriada de este mundo, se le encomendó a la pequeña Rola la preparación primorosa de un refrito de sesenta kilos de tomates para hacer tollos en salsa con dos sacos que habían traído su cuñado y su padre hacía poco tiempo de Port-Etienne, porque la niña, no es por nada y todo hay que decirlo, tenía mano de santa para hacer de comer.

Para preparar el convite se levantó una improvisada cocina en una de las habitaciones, sin ventilación alguna, de la que sería luego casa del matrimonio. Y para celebrar la boda se le pidió a Ginesa, la Cochina, un almacén sin encalar, del que estuvieron sacando escombros más de dos días.

Sobre el suelo todavía de rofe, colocaron un inmenso fogón con medio bidón encima, donde se empezó a consumir a fuego lento la salsa espumosa de

los sesenta kilos de los tomates más hermosos que se encontraron en La Recova, removidos con una exclusiva dedicación por la mano inocente y delicada de Rola con un remo de chalana.

Fue así como aquella estancia durante la obra, que había sido el paraíso terrenal de toda una colonia de cucas y lagartijas chicas, se transformó en un ventorrillo hirviente, lleno de pantagruélicos humos, olores y vapores. Aquello daba gusto.

Cerca ya de las diez y tras cuatro largas horas de hervores y de grasientos sudores, cuando ya la niña casi ni sentía que los brazos los tenía dormidos del *esmorecimiento* y las manos abiertas por el esfuerzo, percibió un hormigueo desagradable que le subía por la espalda como un perinquén rañoso, consumiéndola lentamente mientras la fragancia embelezadora la embebía en el fatal sueño del cansancio.

Estaba a punto de quebrársele la espalda cuando, fuera de sí por aquel inoportuno agotamiento físico, dejó caer, rendida, el remo de sus manos. Al buscar tras el sobresalto un apoyo, las manos de la inocente fueron a fundarse sobre el bidón candente, trayendo al suelo todo aquel babélico altar culinario: la pegajosa silla plegable de verbena donde estaba encaramada y los sesenta kilos de tomates hirviendo.

El dolor fue un barco velero precioso cruzando un mar de legañas secas adheridas como lapas a la carne tierna. Un volcán enorme que encuentra una fisura por la que verter su aromática lava junto a una joven

virgen abnegada y dispuesta al sacrificio al verse consumida entre el dolor y las llamas.

Pese a todo, Antonia Eloísa se casó en aquel mayo trágico de 1962, aunque nadie probó los exquisitos tollos de Port-Etienne en salsa que quedaron en el bidón por merecido respeto a la criatura que no asistió a la boda porque había quedado ingresada y lista para ser embarcada para Canaria.

No hubo lágrimas ni gritos, ni grandes espasmos ni quebrantos. Para los vecinos que fueron llegando, la alarma y el escándalo de la familia parecían casi no tener sentido ante la pasividad e inmovilidad de la niña que yacía tendida en el suelo. Pero ni qué decir tenía que a ciencia cierta la chiquita se estaba quemando viva bajo el espumerío rojo que le hervía en la cara y con el picor insoportable del rofe en la espalda.

Juanita Chacón, la madre de la criatura, fue avisada en el justo momento en que se desvestía sin desbaratarse el reciente y espectacular tupé de peluquería para la boda. Llegó corriendo en sostén todavía, vestida tan sólo con una minifalda escocesa y unas recién estrenadas botas de majorette blancas. Se tiró contra el suelo, histérica y trastornada, emulando en el fondo a las divas del neorrealismo italiano, para poner su oído en el corazón de su hija quemada. No oyó nada, sólo un tímido llanto cohibido que garabateaba en algún lugar de las remotas e infantiles entrañas. La boca de la niña se entreabrió tímida-

mente para expulsar entre burbujas y pepitas un eructo ardiente y seco que ascendía resbalosamente por el abismo de su garganta como un eco que había llegado al fondo de su pequeña alma.

Con el tiempo se supo que aquella extraña actitud de la niña no se debió al golpe ni a la cascada, sino al espantoso susto y al retraso que suponía aquel percance para la boda de Antonia Eloísa. Rola se había tomado aquello tan a pecho que, al ver tanto esfuerzo rodando por el suelo en un descuido, su inocente corazón se amohinó avergonzado en un recodo de su alma y se convirtió en un gusano enroscado sin sentir como su piel se le replegaba y despedazaba en carne viva al calor de la salsa que resbalaba lentamente por su cara.

Tras el estruendo, la niña, antes de que oyera el bullicio de los parientes apresurándose hasta la cocinilla improvisada, tomó en un instante la drástica resolución de que permanecería inmóvil y que aguantaría el avance pastoso y derretido de la salsa antes de recibir el castañazo seco de alguna de sus tías vagas, que no hacían otra cosa que poner al fuego grandes cafeteras y jugar a la baraja, mientras ella se partía la espalda revolviendo la salsa con aquel remo de chalana.

Al regresar de su internamiento en el Sanatorio de Las Palmas, quedó postrada en el Hospital Insular entre los anaqueles de vírgenes y de santos, impávida y muda, sin apenas brotes visibles de suspiros

o de un hondo y lejano llanto. Silenciosa, miraba a un vacío en blanco, sin nada que la perturbase mientras una monja la pelaba al rape silbando.

Durante muchos meses se supo que Antonia Eloísa se había casado, no por su espléndida alianza comprada con el abundante caraportar que su marido trajo de una de las zafras a Port-Etienne, ni por la foto del festejo en el aparatoso portarretratos de la alcoba recién estrenada, ni por el recuerdo exquisito de una tapa de tollos en salsa. Si había algún recordatorio lo suficientemente explícito de los susodichos desposorios era el cruel y horroroso hecho de contemplar el rostro desfigurado de Rola. Sólo el tiempo, un rarísimo tratamiento y la paciencia de las monjas fueron los que le devolvieron a la criatura su antigua cara y un espíritu sereno e insólito que a todo el mundo extrañó.

Las tías vagas, escarmentadas por la factura de ser las únicas y verdaderas culpables de aquel hecho tan lamentable, al ver volver ufana y resuelta a la muchacha con la cara ya sana, prometieron avergonzadas y arrepentidas que irían en septiembre caminando a Los Dolores, porque aquello era el signo evidente de que Dios existía hasta dentro de un refrito de tomates.

Esta colección con nombre de criatura atlántica, Lancelot 28º 7º, dedicada a la literatura en sus diversas manifestaciones, pretende contribuir a la creación del mapa literario de Canarias, en memoria de Agustín Espinosa en el 50 aniversario de su muerte.

«La humanísima fauna de barriada insular se aglutina tremenda y multicolor en torno a un argumento afiebrado: un psicoanalista argentino ejerce una posesión hipnótica sobre Rola para arrancarle un trauma de la infancia a la vez que, sin querer, su propio ego».

SERVICIO DE PUBLICACIONES  
EXCMO. CABILDO INSULAR DE LANZAROTE